

mundo representa tan bien la admirable asamblea de la Jerusalén celestial como una sociedad religiosa perfectamente unida en la benevolencia. Nuestro Señor está en medio de ellos; el lugar que habitan es la puerta del cielo” [cf. Gn 28,17]» (San Pablo, 1953, p. 3).

5. De la palabra a la vida

Parte integrante del proceso de metamorfosis al que todos estamos convocados es transformar nuestras comunidades para que se conviertan cada vez más en lugares de encuentro y en ambientes propicios para el crecimiento personal y comunitario. Esta metamorfosis -al igual que en todas las demás dimensiones de nuestra vida- no sucederá por decreto o a través de la publicación de algún documento programático. Aunque la Congregación tome iniciativas en este sentido, la realización siempre dependerá del compromiso de cada hermano. Es este esfuerzo individual el que, sumado, permitirá crear comunidades vibrantes y acogedoras.

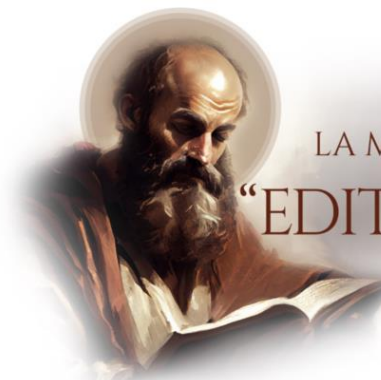
- ¿La comunidad donde vivimos es un ambiente cálido de afecto y acogedor, o simplemente es un grupo de personas aisladas y encerradas en su propio universo particular?
- ¿Qué hago para hacer la vida de la comunidad más agradable y para que los demás se sientan acogidos y amados?
- En nuestra comunidad, ¿cada uno se siente libre de expresar lo que piensa sin miedo a ser condenado por aquellos que piensan de manera diferente?

6. Oração: do Salmo 27

«Santa María, Madre de Dios, tú has dado al mundo la verdadera luz, Jesús, tu Hijo – Hijo de Dios.

Te has entregado completamente a la llamada de Dios y así te has convertido en fuente de la bondad que brota de Él.

Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia Él. Enséñanos a conocerlo y a amarlo, para que también nosotros podamos llegar a ser capaces del verdadero amor, y ser fuentes de agua viva en medio de un mundo sediento» (Benedicto XVI).



LA METAMORFOSIS NECESARIA
PARA VIVIR COMO

“EDITORES” PAULINOS

Noviembre 2024

NUESTRAS COMUNIDADES COMO LUGAR DE ENCUENTRO

Las relaciones son un elemento de fundamental importancia en la vida y en el desarrollo de cualquier persona. La vida humana sin relaciones sanas y profundas se vuelve algo insostenible. Lo mismo sucede en el ámbito comunitario y social. Por eso, todos debemos esforzarnos por instaurar la llamada “cultura del encuentro” a la que el Papa Francisco no deja de referirse. Sería muy triste una comunidad paulina que no estuviera caracterizada por la alegría de poder compartir la vida y por la sincera apertura a la diversidad que siempre nos enriquece. No podemos resignarnos y dejar que el individualismo y el narcisismo nos alejen del proyecto de vida que hemos asumido con la profesión religiosa.

1. De la Carta del Superior general

«La comunidad paulina de hoy debe concebirse también como “abierta”, como lugar de encuentro. Entre nosotros, en primer lugar, pero también con quienes participan en nuestra misión –incluidos los laicos– y con quienes providencialmente encontramos en nuestro camino, porque es esta red de relaciones la que nuestro apostolado requiere. En un tiempo en que las relaciones están en crisis, se necesitan lugares que estén disponibles para cuidarlas. Es parte de la “cultura del encuentro” crear oportunidades para conocerse y planificar juntos. Hacen falta comunidades que muestren cómo vivir como apóstoles, como Pablo con sus colaboradores, que no sólo hablan de comunicación, sino que hacen de la comunicación su forma de vida. Comunidades que saquen de su bolsa –como el muchacho del Evangelio– la comida que necesitan para alimentarse, alimento que es también la herencia carismática de nuestro Fundador: universalidad, pastoralidad, pasión profética por Dios y por la humanidad. Compartir, fraccionar, relacionarse...» (Carta anual 2023-2024, 5.3 *Nuestras comunidades como lugar de encuentro*).

2. El encuentro con la Palabra de Dios

Todos nosotros necesitamos ser acogidos, y queremos que los demás escuchen lo que deseamos expresar. Conscientes de esta necesidad, debemos recibir al otro y escuchar con atención y paciencia lo que quiere manifestar. En la narrativa evangélica hay un lugar que ilustra muy bien cómo también Jesús disfrutaba de momentos de encuentro y de profunda comunión: la casa de Marta, María y Lázaro. En el relato de Lucas, vemos a Jesús hablando, a María que escucha, a Marta que expresa su insatisfacción, y a Jesús tratando de llevarla a la plena comprensión de lo que Él considera “la parte mejor”. Nuestras comunidades deberían asemejarse a la casa de Betania: deberían permanecer siempre abiertas para acoger a quienes llegan y ser lugares de diálogo y de crecimiento personal e institucional.

«Siguiendo su camino, entraron en un pueblo, y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. Tenía una hermana llamada María, que se sentó a los pies del Señor y se quedó escuchando su palabra. Mientras tanto Marta estaba absorbida por los muchos quehaceres de la casa. En cierto momento Marta se acercó a Jesús y le dijo: “Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para atender? Dile que me ayude”. Pero el Señor le respondió: “Marta, Marta, tú andas preocupada y te pierdes en mil cosas: una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada”» (Lc 10, 38-42).

3. La enseñanza de la Iglesia

No existe una comunidad lista o perfecta. La comunidad es dinámica, es decir, se construye con la colaboración, con el aporte de cada persona y con las relaciones establecidas entre ellas. Podemos decir que la fraternidad vivida en la vida comunitaria es un don y, al mismo tiempo, fruto de nuestro esfuerzo. La vida fraterna es, sobre todo, un camino de liberación. Debemos liberarnos de muchas cosas si queremos acoger al otro y compartir nuestra vida con Él de manera profunda y auténtica. Muchas veces no somos felices porque nos falta la capacidad de hacer espacio al otro. Es cada vez más necesario entender nuestra vida como un don y abandonar todo deseo que nos aleje del verdadero espíritu de la vida cristiana y religiosa.

«Cristo da a la persona dos certezas fundamentales: la de ser amada infinitamente y la de poder amar sin límites. Nada como la cruz de Cristo puede dar de un modo pleno y definitivo estas certezas y la libertad que deriva

de ellas. Gracias a ellas, la persona consagrada se libera progresivamente de la necesidad de colocarse en el centro de todo y de poseer al otro, y del miedo a darse a los hermanos; aprende más bien a amar como Cristo la ha amado, con aquel mismo amor que ahora se ha derramado en su corazón y la hace capaz de olvidarse de sí misma y de darse como ha hecho el Señor. [...] La comunión es un don ofrecido que exige al mismo tiempo una respuesta, un paciente entrenamiento y una lucha para superar la simple espontaneidad y la volubilidad de los deseos. El altísimo ideal comunitario implica necesariamente la conversión de toda actitud que obstaculice la comunión. La comunidad sin mística no tiene alma, pero sin ascesis no tiene cuerpo. Se necesita ‘sinergia’ entre el don de Dios y el compromiso personal para construir una comunión encarnada, es decir, para dar carne y concreción a la gracia y al don de la comunión fraterna» (“*Congregavit vos amor Christi*”. *La vida fraterna en comunidad*, n. 22-23).

4. Pensamiento del Fundador

No es posible ser feliz donde cada uno vive encerrado en su propio mundo y buscando realizar sólo sus propios deseos. Al igual que en la familia, debemos abrirnos al otro y sentirlo como una parte intrínseca de nosotros mismos. En el hogar no vemos al otro como extraño, aunque seamos todos diferentes. Nuestras comunidades serán lugares de encuentro cuando entendamos que lo que nos une es más importante que nuestras diferencias. Debemos esforzarnos por hacer la vida de nuestros hermanos más simple, serena y feliz. Todo esto nunca será posible si no estamos dispuestos a encontrarnos con el que piensa diferente, que nos enriquece mientras nos desafía a pensar y actuar de manera distinta.

«Además, el hombre, por su naturaleza sociable, sólo se siente bien donde le resulta fácil formar un ambiente en el que su instinto pueda ser satisfecho. Cuando deja el hogar, cálido de puro afecto, en cualquier lugar donde se encuentre, siente una poderosa necesidad de crear un círculo de amigos que lo comprendan, lo alienten y sean apoyos seguros en las inevitables tormentas de la vida. Ni siquiera los más grandes santos pueden escapar a esta inocente debilidad humana. Sus correspondencias íntimas son una prueba evidente de ello. Por lo tanto, el religioso que pase sus días en una comunidad donde encuentre corazones abiertos, almas generosas y benévolas, espíritus nobles y delicados, vivirá feliz y sereno, y podrá constatar que realmente “nada en este